Identidad nacional, sentido de pertenencia y autoadscripción étnica

*Fernando Vizcaíno Guerra**

Presentación

El propósito de estas páginas es discutir algunos de los argumentos predominantes de la identidad que en los últimos años han ganado importancia en las ciencias sociales, particularmente el supuesto según el cual el sentimiento de pertenencia al Estado-nación ha decrecido. Asimismo, explicar la identidad nacional en la época actual considerando tres aspectos: la autoadscripción de los miembros de la nación a un grupo étnico o cultural; la autoadscripción o sentido de pertenencia al territorio; y el orgullo que la gente tiene por la nación o Estado-nación al que pertenece. Para seguir los datos y ofrecer una perspectiva comparativa, analizo algunos indicadores para México, Estados Unidos y Canadá a partir de 1980 y hasta principios del siglo actual.

El argumento central es que la identidad nacional guarda una conexión con el proceso de intensificación de la globalización. La cuestión, además, es explicar cómo es esa relación: ¿está declinando la identidad mientras avanza la cultura global?, ¿están acrecentándose las identidades locales o de las minorías culturales como defensa frente a la globalización?

* Sociólogo del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.

La identidad como tema

La identidad nacional es uno de los temas más estudiados en las ciencias sociales, aunque sobra decir que no hay acuerdo académico sobre cómo definirlo ni cómo estudiarlo. De hecho, la diversidad de apreciaciones le ha dado una vitalidad permanente a la discusión sobre el tema. Amén del origen y contenido de la identidad, de su construcción y reproducción, —que se han abordado desde al menos el siglo XIX—, en los últimos años hay una discusión amplia sobre dos problemas. Uno: la relación de los procesos de globalización de la cultura y las identidades nacionales; dos: la tensión entre las identidades de las minorías nacionales y las identidades nacionales asociadas a los Estados (Hobsbawn, 1991; Anderson, 1993; Smith, 2000).

Con el término identidad nacional me refiero al conjunto de rasgos culturales destacados de una nación que la caracterizan frente a las demás naciones y a la conciencia que los miembros de la nación tienen de pertenecer a ésta y de ser una nación distinta a las demás. Esta definición nos enfrenta con varios problemas. Primero, cuáles son los "rasgos culturales destacados" y cómo se constituyen. Segundo, estos rasgos ¿son exclusivos de una nación o simplemente son peculiaridades destacadas que pueden compartirse con otras colectividades? Tercero, cómo se construye esta conciencia de pertenencia a la nación y cómo explicar, y qué implicaciones tiene, la conciencia de pertenecer a dos o más naciones en una época en que la doble nacionalidad es frecuente?

El simple planteamiento de tales cuestiones nos obliga a asumir que estamos frente a un tema importantísimo en las ciencias sociales y que a su vez requiere una delimitación teórica, la cual, hay que decirlo, supone una cierta arbitrariedad. El objetivo de estas páginas no es responder a tales cuestiones, empero parto de algunas respuestas a las mismas que es necesario explicitar.

Mi aproximación al tema de la identidad nacional y a los diversos problemas que se derivan del mismo supone el reconocimiento de un proceso gradual. Para evitar aseveraciones extremas que suponen la presencia o desaparición total de "la identidad nacional" —extremos que sólo existen en la teoría—, creo que el fenómeno puede concebirse como un proceso gradual. De manera que al referir los rasgos destacados de un grupo nacional, debemos entender que se trata de rasgos que en realidad comparten frecuentemente los miembros de la nación, quizá una mayoría pero nunca la totalidad del grupo. La gradualidad como aproximación es fundamental y creo que para explicar la identidad nacional y muchos de sus problemas necesitamos asumir matices y construir instrumentos metodológicos que reconozcan tal gradualidad y cambio de las variables. Y precisamente porque la permanencia de los rasgos de la identidad no está garantizada, los gobiernos se ven sometidos permanentemente a conservar o revitalizar tales rasgos y, a su vez, a impedir el incremento de otros propios de las minorías nacionales que pudieran disputar la homogeneidad cultural del Estado y, con ello, la soberanía que parece un derecho indiscutible de las naciones.

Asumido esto, hay que decir, respecto del primer problema, que los rasgos culturales pueden ser muy distintos entre un grupo nacional y otro, empero los que más destacan y se nos presentan como constantes entre las naciones son las formas específicas que adquieren la fe, la lengua, la historia, las reglas, un sistema de administración de los bienes públicos, los valores fundamentales de la organización política y un territorio. En otras palabras, la identidad nacional sirve para nombrar a un grupo de personas que tienen en común uno o varios de estos elementos.

En mi consideración esos elementos poseen dos rasgos fundamentales. Por una parte, tienen una base material o subjetiva que favorece las relaciones entre los miembros; a su vez, esos

elementos constituyen un símbolo, una representación o una imagen que comparten la mayoría de los miembros de la nación. El territorio, por ejemplo, constituye el ámbito de ciertas actividades de producción e intercambio y a un tiempo una forma simbólica que da sentido de pertenencia. Por otra parte, ciertos referentes simbólicos o materiales que unen a un grupo de personas poseen mayor importancia. Quizá la lengua, la religión, la historia y el territorio son los que más han destacado sobre, por ejemplo, ciertas comidas o ciertas formas de vestir, sin que de aquí podamos deducir alguna regla general.

Tales rasgos culturales surgen de muy diversos procesos derivados de la producción de bienes y su intercambio y del imperio de determinadas reglas y costumbres pero hay que agregar que las elites tienen un papel esencial en la selección de ciertos rasgos, en sus matices e incluso en el "olvido" o negación de otros. La identidad se construye de acuerdo a los intereses de las elites, a partir de ciertos elementos materiales o subjetivos compartidos por una parte de los miembros de la nación (Vizcaíno, 2004: 31-32). Estos elementos son como la materia prima de la formación de símbolos culturales comunes (Kohn, 1944). Desde la perspectiva de los líderes políticos y sus intereses, la identidad funcional es la que responde a esos intereses sin contradecir las creencias y necesidades de la mayoría social. Esto en buena medida anuncia una respuesta al tercer problema: la identidad se recrea fundamentalmente por la intervención de los líderes en la selección de ciertos rasgos culturales, sin que ello niegue, como he dicho, la importancia que tienen los procesos naturales de reproducción social de determinados rasgos.

Los otros dos problemas planteados se refieren a la exclusividad de los rasgos que distinguen a una nación y a la pertenencia múltiple. Aquí sólo enunciaré, a manera de apreciación inicial, que en realidad no hay rasgos exclusivos, sino predominantes en-

tre los miembros de una nación, sin que podamos afirmar que tales rasgos se hallan ausentes en otra colectividad nacional. Así la lengua inglesa o el protestantismo pueden ser fundamentales en ciertas naciones, sin que ello implique negar que existan en otras cuyos rasgos predominantes son de diversa índole. Este asunto está vinculado a la doble o múltiple nacionalidad, lo cual nos coloca frente a un problema no nuevo pero creciente en un tiempo en que la migración se ha constituido en uno de los principales asuntos de muchos Estados. La implicación más importante para la identidad es la fragmentación de ésta. Pero especialmente significativa es para la gobernabilidad, puesto que el sentido de pertenencia múltiple pone en duda las reglas fundamentales de la gobernabilidad, particularmente en lo que toca a la unidad y pacto entre el Estado y la colectividad nacional.

Asociado a la definición y problemática de la identidad nacional, hay que aclarar el concepto de nación. La aproximación al concepto de identidad nacional y nación que estoy siguiendo no considera el Estado como condición *sine qua non*. Concibe a la nación en un sentido sociológico, como un grupo de personas que ocupan un territorio y comparten rasgos culturales e institucionales (Ommen, 1997). Existen muchas naciones que han adquirido la forma de Estado: nación-Estado o Estado-nación. Empero muchas naciones no poseen un Estado o algún grado de soberanía que pudiésemos llamar preestatal, no obstante que al menos algunos de sus miembros pudieran legítimamente aspirar a una forma de gobierno soberana, independiente y reconocida como Estado por la comunidad internacional. Asumo, entonces, que existen muchas naciones integradas a un Estado y por tanto preferiré el término de Estado multinacional sobre el de Estado-nación. Pensar así el tema, abre horizontes temáticos amén de que coincido en que la mayoría de los países surgieron y perma-

necen como sociedades multinacionales, no obstante las políticas de homogeneización nacional de los gobiernos centrales.

De manera que a cada Estado corresponden las identidades nacionales de las dos o más naciones que componen el Estado. A su vez, frente a esta diversidad de identidades existe una identidad del Estado multinacional, es decir una identidad compartida que consiste en los elementos comunes entre los miembros de las diversas culturas nacionales. El primer elemento de esta identidad compartida quizá tenga por base las instituciones federales, tales como el ejército, la moneda, el pasaporte, los mapas generales del territorio, una historia común y las instituciones de asistencia social financiadas por el Estado. Pero dependiendo de cada caso podríamos agregar, la lengua, la fe, un enemigo común externo, etcétera.

La identidad de las naciones sin Estado o minorías nacionales se ha estudiado abundantemente en los últimos años, especialmente las de América del norte, como Québec, y las de Europa: los vascos y catalanes, las naciones de la ex Yugoslavia, de la ex Unión Soviética y de los Estados Suizo, Belga y de la Europa Central. Pero la investigación comienza también a ocuparse de identidades compartidas, por ejemplo de lo que podemos llamar la identidad europea o la de los hispanos, que real o simbólicamente, han construido comunidades transfronterizas desde los países de América Latina y en los Estados Unidos.

En este estudio me ocupo principalmente de las identidades que real o aparentemente se han construido a partir de los gobiernos centrales, particularmente de la identidad mexicana y ofrezco algunas comparaciones con la canadiense y la estadounidense, que en el inglés de Estados Unidos llamaríamos "americana". Nuestro problema, entonces, es explicar el cambio de la identidad nacional compartida en México y comparar algunas de sus variables —el orgullo nacional y la autoadscripción étnica

y territorial— con las culturas predominantes en Norte América. Y, cómo he señalado arriba, sostengo que la transformación de la identidad está relacionada con el proceso acelerado que ha asumido la globalización.

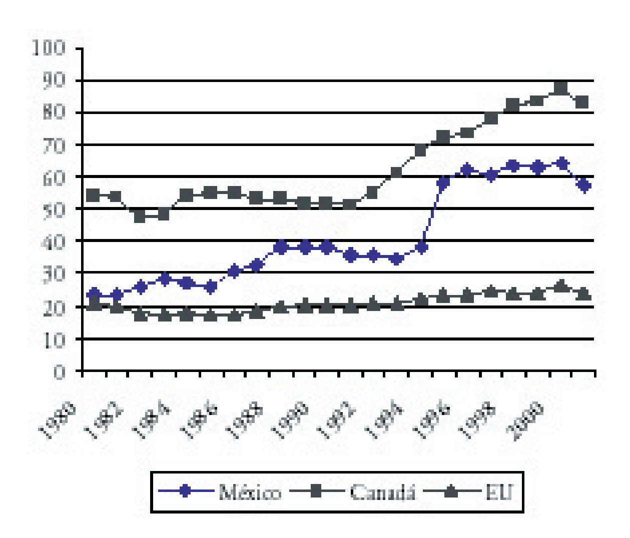
IDENTIDAD NACIONAL Y GLOBALIZACIÓN

En las últimas décadas los estudios que de alguna manera han vinculado la identidad nacional y la intensificación de la globalización han asumido algunas ideas que conviene discutir. Aunque es relativo el tiempo de referencia para señalar el inicio del extenso y amplio proceso mediante el cual cada vez más los países se han unido por la economía, la tecnología o el derecho, amén de la cultura y otros mecanismos menos asibles, creo que una fecha de referencia para México es el inicio de la década de los años 80. Esto principalmente porque es en ese momento cuando el país entra en una profunda crisis asociada a la caída de los precios internacionales del petróleo y, además, el Gobierno inicia negociaciones con el GATT (hoy Organización Mundial del Comercio), con lo que el país ingresa a este organismo en 1986. A partir de entonces el proceso de vinculación económica ha sido creciente, aunque al parecer comenzó a frenarse hacia el año 2001 en correspondencia con la restricción económica en Estados Unidos y Europa. La Gráfica 1 muestra el comercio internacional (la suma de importaciones y exportaciones) de México, Estados Unidos y Canadá a lo largo de esos 20 años.

La gráfica revela el incremento del comercio exterior mexicano (aquí medido como proporción del producto nacional bruto). Un crecimiento paralelo al de Canadá pero muy superior al de Estados Unidos. Lo más significativo radica en la intensificación del incremento. Mientras en los Estados Unidos el comercio exterior muestra un cierto estancamiento y en Canadá se

incrementa en poco más de la mitad, al pasar del 55 al 88% entre 1980 y 2001, en México el comercio exterior se multiplica tres veces: crece de 23 hasta 63%. Si bien Canadá no es el país más vinculado con el mundo por su comercio, México pasa por un cambio muy importante en un tiempo relativamente corto. Este cambio tiene dos momentos importantes: el primero entre 1985 y 1988, cuando el comercio sube en 15 puntos porcentuales, y entre 1993 y 1996, cuando el incremento es de 27 puntos. El primer periodo corresponde a la decisión del gobierno de Miguel de la Madrid de bajar los aranceles, eliminar permisos de importaciones y exportaciones e ingresar al GATT. El segundo, a la firma e inicio del Tratado de Libre comercio con Estados Unidos y Canadá.

Gráfica 1
Exportaciones e importaciones como % del PNB
en México, Estados Unidos y Canadá



Evidentemente la globalización comercial es apenas una dimensión de la globalización. He tomado aquí esta variable al menos para indicar el proceso, empero sin duda factores como la cultura, el derecho, los contactos individuales o la tecnología son tanto o más importantes.

Cómo he señalado antes, en estas páginas me interesa explorar la relación entre la intensificación de la vinculación internacional y la transformación de la identidad. En términos generales, pienso que hay un acuerdo académico para sostener que existe una relación entre la globalización y la transformación de la identidad. El problema es tratar de explicar cómo es esa relación. Aunque la respuesta es diversa, se ha asumido un argumento que frecuentemente se da como un hecho. Éste consiste en sostener que mientras avanza la globalización ocurren tres procesos —interconectados entre sí—. Primero, aumenta la identidad étnica, local o regional. Segundo, decrece la identidad compartida asociada al Estado-nación. Tercero, aumenta la identidad global: el proceso de globalización y el debilitamiento del Estado favorecen el sentido de pertenencia al mundo.

Este argumento podría representarse con la siguiente imagen:

Aumento del sentido de pertenencia y la identidad del Estado-nación antes y después de la intensificación de la globalización

Antes o al inicio de la globalización

Después de la intensificación de la globalización

Localidad

Nación

Mundo

En pocas palabras, se ha asumido con frecuencia que mientras aumenta la globalización se fortalecen las identidades étnicas o locales, decrece la identidad del Estado nación y aumenta el sentimiento de pertenencia al mundo. Con relación al aumento de la identidad de las minorías, se han ofrecido dos explicaciones. Una sostiene que el resurgimiento de las minorías culturales es una reacción frente al proceso de globalización o, en otras palabras, una reacción del grupo cultural para sobrevivir frente a los procesos globales los cuales, se supone, vienen acompañados de medios masivos de comunicación y en general una tecnología que favorece una homogeneidad cultural, universal y contraria al sentido de pertenencia a la localidad, a la memoria colectiva, a la tradición y a los vínculos personales. La identidad, entonces, se fortalece, para sobrevivir al "embate de la globalización". Personalmente me he opuesto a este argumento, puesto que nunca he encontrado argumentos sólidos que expliquen la conexión entre la globalización y la reacción de las minorías frente a la globalización. En cambio, he argumentado que no se trata de una defensa de las minorías, sino de una conexión entre éstas y la globalización. Una conexión en donde las identidades étnicas o regionales se favorecen por el avance de la globalización (Vizcaíno 2004).

El movimiento a favor de las minorías y las identidades locales es un movimiento cuyos principales defensores son los líderes de las minorías y también actores internacionales. Hay otro argumento para explicar el avance las minorías y sus identidades. Más que una reacción frente a la globalización, las minorías al parecer están recuperando su identidad y demandando derechos para suplir al Estado que ha fracasado en la promesa de justicia social, libertad e igualdad (Brown, 1998). Así, se cree que tanto los individuos como los grupos culturales están encontrando en la etnicidad una forma renovada de las promesas de justicia social. El argumento es interesante puesto que conduce a un pro-

blema todavía mayor: la pérdida de capacidades del Estado en los tiempos de la globalización, lo cual implica una transferencia de poder a organismos internacionales y a actores locales.

El argumento, como se ha señalado, también supone un decrecimiento de la identidad compartida, es decir de los valores y creencias asociados al Estado-nación. En buena medida este supuesto se explica por los principales procesos referidos con relación a la construcción de las identidades locales: la pérdida de confianza en las instituciones del Estado y el fracaso de éste para cumplir con la justicia social, el debilitamiento del Estado y con ello una pérdida de significación del discurso nacionalista de Estado y su intervención directa en la vida social y económica. En un breve estudio Valaskakis ha argumentado cómo el Estado, luego de un largo proceso de construcción, comenzó a perder soberanía a partir de la intensificación de la globalización (Valaskakis, 2001).

Asociado a los procesos anteriores, hemos asumido que la identidad continental o "global", expresada bajo el ideal de pertenencia a una ciudadanía europea, hispana o mundial, se ha incrementado. En pocas palabras, se ha asumido con frecuencia que las identidades locales y las continentales o mundiales se han incrementado, mientras que ha decrecido el sentimiento de pertenencia al Estado-nación.

Sin embargo, creo que es necesario cada vez más discutir estos supuestos, particularmente luego de que la guerra "antiterrorista" de los Estados Unidos y los sentimientos de fracaso del multiculturalismo parecen favorecer el regreso del Estado-nación y el freno de la globalización y de la construcción de las minorías culturales. Sugerí esta idea en un estudio previo (Vizcaíno 2004: 173, 174), aunque Lourdes Arizpe lo ha explicado excepcionalmente y ha ofrecido algunas ideas novedosas relacionadas con el nacionalismo de Estado, especialmente en Estados Unidos, y

el sentimiento de fracaso del acomodo y reconocimiento de las minorías en Europa (Arizpe, 2005).

Discusión de los argumentos y algunos datos sobre identidad

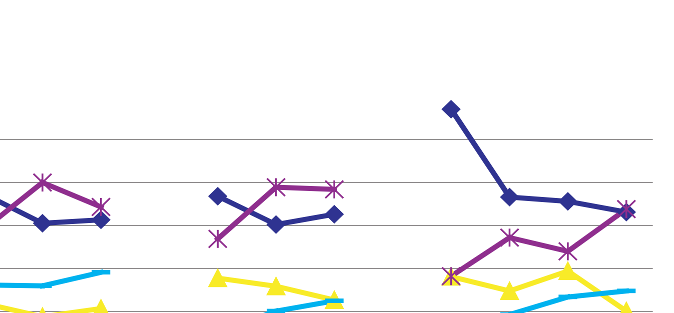
Quiero ahora discutir estos argumentos. Como he mostrado, entre éstos se nos presenta como central que la identidad local o étnica está aumentando mientras la identidad asociada al Estado-nación decrece y este proceso doble se halla vinculado al proceso de globalización. La Gráfica 2 muestra las respuestas de la población cuando se le pide que se autoadscriba a una de las siguientes regiones geográficas: a la localidad o pueblo, a la región o provincia, al país o nación, al continente y al mundo. Los datos, tomados de la Encuesta Mundial de Valores,[1] comparan México, Estados Unidos y Canadá. Además, permite una comparación en el tiempo, en un periodo de veinte años que va de 1981 a 2000-2001.

Estos indicadores permiten, por una parte, revisar las teorías asumidas y, por otra, conocer información acerca del sentido de pertenencia e identidad que en sí misma es significativa.

La gráfica muestra semejanzas en la evolución de los cinco indicadores para cada uno de los tres países. Vemos que tanto en Estados Unidos como en Canadá y México, la proporción de personas que respondieron pertenecer a la localidad donde viven, antes que a la región, al país o al continente y al mundo, decreció entre 1981 y el año 2001. Mientras en Estados Unidos pasó de casi 50% a 32%, en México pasó de 58 a 33%. En aquel país se perdieron 18 puntos porcentuales y en éste 25. En Canadá el decrecimiento también existió aunque fue menor.

[1] Para recoger los datos de la Encuesta Mundial de Valores he seguido dos fuentes: Inglehart (2004) y www.wvs.com.

GRÁFICA 2
PERTENENCIA A GRUPO GEOGRÁFICO



Llama la atención que en los tres países aproximadamente esta respuesta se conserva al final del periodo en la misma proporción; asimismo, que en México el cambio ha sido mucho mayor en un periodo relativamente corto. En cualquier caso, es notable que no obstante la pérdida de personas identificadas con la localidad todavía este indicador se mantiene relativamente alto en comparación con los otros. A su vez, no puede dejar de advertirse que hasta hace algunos años la mayoría de la población se identificaba principalmente con su localidad, pueblo o municipio.

Paralelamente, la proporción de personas que respondieron pertenecer a la región decreció entre 1981 y el año 2000. Aquí también se observa la misma tendencia en los tres países, que en términos generales pasa de 18 a 10%. Este indicador y el anterior nos revelan que ha decrecido la identidad primaria.

Donde se muestra un crecimiento muy significativo es en el número de personas que respondieron pertenecer a la nación (país) y al mundo. Es decir, a diferencia de la identidad primaria, el sentimiento de pertenencia a comunidades más amplias ha crecido. Y, otra vez, el fenómeno es semejante en los tres países. El sentimiento de pertenencia a la nación o país, al Estado-nación, se ubica al final del periodo entre 33 y 39%. En los tres casos hay un cambio significativo, especialmente en Estados Unidos y México donde el indicador se incrementa en 15 puntos.

El número de personas que respondieron pertenecen al mundo también aumentó significativamente. En términos proporcionales, subió incluso un poco más del doble. En Estados Unidos pasó de 7 a 19%, en Canadá de 7 a 12 y en México de 6 a 15%.

En cuanto a la proporción de respuestas de personas que declararon pertenecer al continente, podemos advertir que casi no cambió, que en los tres países se conserva muy uniformemente (alrededor de 4%) y que en términos comparativos es un indicador muy bajo si lo leemos junto a los otros cuatro. Especialmente es bajo si consideramos, por ejemplo, que en Europa la identificación con el continente es creciente.

Habíamos señalado, siguiendo los criterios generalmente asumidos en la teoría, que se ha establecido casi como un hecho el decreciente sentimiento de pertenencia a la nación-Estado y el aumento de la identificación con la localidad o pueblo y con la identidad global. Cabe, aquí formular algunas precisiones. Primero, la identificación con el pueblo no ha crecido, por el contrario es decreciente. Más bien, la identificación alta con la localidad ha comenzado a desvanecerse conforme se intensificó la globalidad. En cambio, y a diferencia de lo que se cree con frecuencia en la teoría, la identificación con la nación-Estado es creciente. Esto llama la atención si consideramos la pérdida de

capacidades del Estado para intervenir y regular la vida social y económica y si consideramos también la intensificación de la globalización.

Este tránsito hacia identidades más amplias, sin embargo, no niega el resurgimiento de movimientos étnicos. No niega, por ejemplo, la importancia que en las últimas dos décadas asumió el proceso a favor de la autonomía de Québec y los pueblos indios de Canadá o el movimiento a favor de las comunidades indígenas en México. Pero es evidente, sin embargo, la creciente cultura que identifica a las personas con imaginarios más amplios, como la nación-Estado o el mundo.

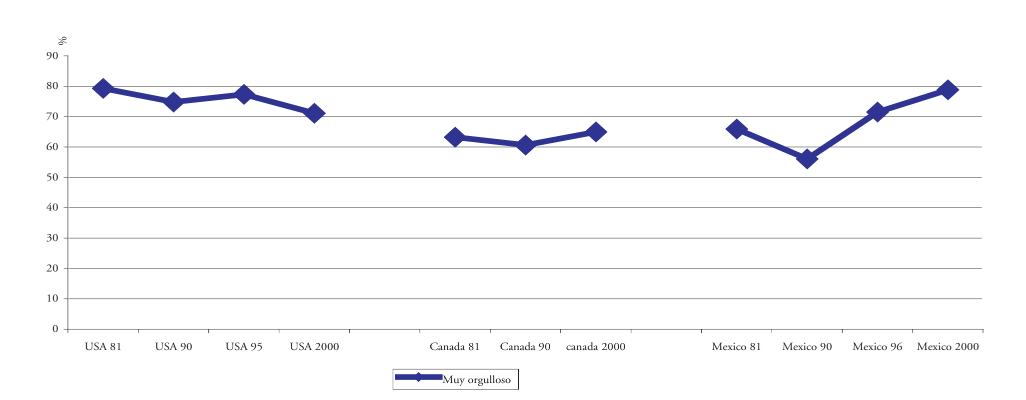
Sí coinciden, en cambio, estos datos con las hipótesis que suponen una creciente cultura global. Pero en este momento, a casi cuatro años de los atentados de septiembre de 2001 en Estados Unidos y los siguientes sucesos que llevaron a la guerra contra los gobiernos de Afganistán e Iraq, el contexto global ha cambiado y no cabe duda que hemos pasado a fortalecer una tendencia a favor de los Estados. Con ello, y especialmente en Estados Unidos, creo que los siguientes años posteriores al 2001 revelan un incremento en la identificación con el Estado-nación y muy probablemente un freno de la identificación con el mundo.

Algunos otros datos parecen corroborar que la identificación con la nación-Estado no han decrecido. En la Gráfica 3 se presenta la proporción de personas que en Estados Unidos, Canadá y México respondieron estar muy orgullosos de su nación o nación-Estado. En los tres países la respuesta es muy alta y, a su vez, es creciente.

Llaman la atención dos cosas: primero, que el proceso de globalización parece no haber afectado el orgullo de la población por pertenecer a su identidad nacional. Como se ve, puede afirmarse que este indicador casi no cambia. En los tres casos hay un decrecimiento, seguido de un ascenso. Y se puede decir que

en ninguno de los tres casos representados parece suscitarse un cambio importante. Lo segundo, radica en la alta respuesta de la gente que responde sentirse muy orgulloso de pertenecer al grupo nacional.

GRÁFICA 3
ORGULLO DE PERTENENCIA A LA NACIÓN



Pero decía antes que la reciente identificación con la identidad nacional y el decreciente peso de la identidad local, no necesariamente niega el resurgimiento de la etnicidad o de las identidades locales. En las Gráficas 4, 5 y 6 se muestran, para México, Canadá y Estados Unidos las respuestas de las personas cuando se les preguntó a qué grupo étnico o cultural pertenecen, antes que a cualquier otro.

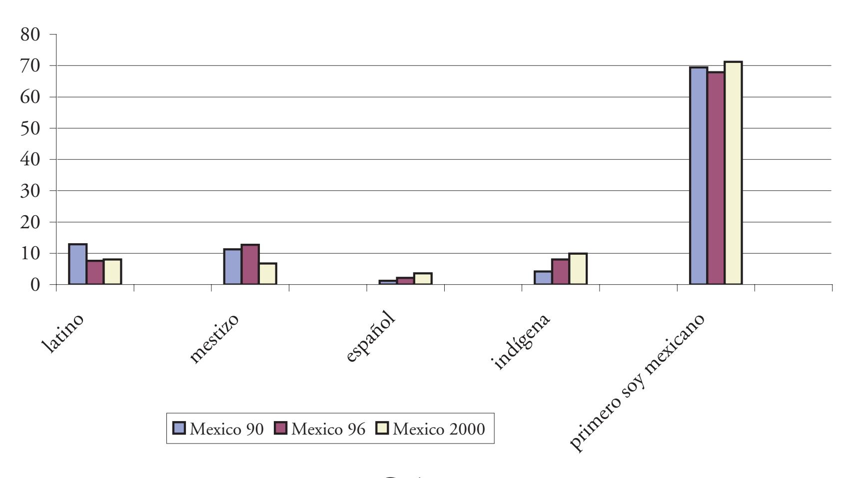
De los tres casos, el de México muestra un resultado muy interesante que se diferencia de Canadá y de los Estados Unidos. En el cuadro de aquel país, la respuesta “ante todo soy mexicano”, aquí el indicador más significativo de la identidad compar-

tida o identidad de la nación-Estado, alcanza poco más de 70%. Incluso se incrementa entre 1990 y el año 2000. Este nivel es muy alto si lo comparamos con indicadores semejantes de los otros dos países. Para Estados Unidos, la respuesta "ante todo soy americano" llega apenas a 38% en el 2000, aunque es cierto que puede advertirse un incremento importante entre 1990 y el año 2000 de poco más de 10 puntos porcentuales. Para Canadá, a su vez, la respuesta sólo soy canadiense, o primero soy canadiense, rebasa 50%. En cualquier caso, este indicador que define la identidad es muy superior en México. Quizá, pues, tenga razón Huntington cuando se preocupa por la identidad de los Estados Unidos (Huntington, 2004). La identidad mexicana es mucho más fuerte que aquella y en Canadá ha logrado resolver la existencia de la diversidad cultural e identitaria.

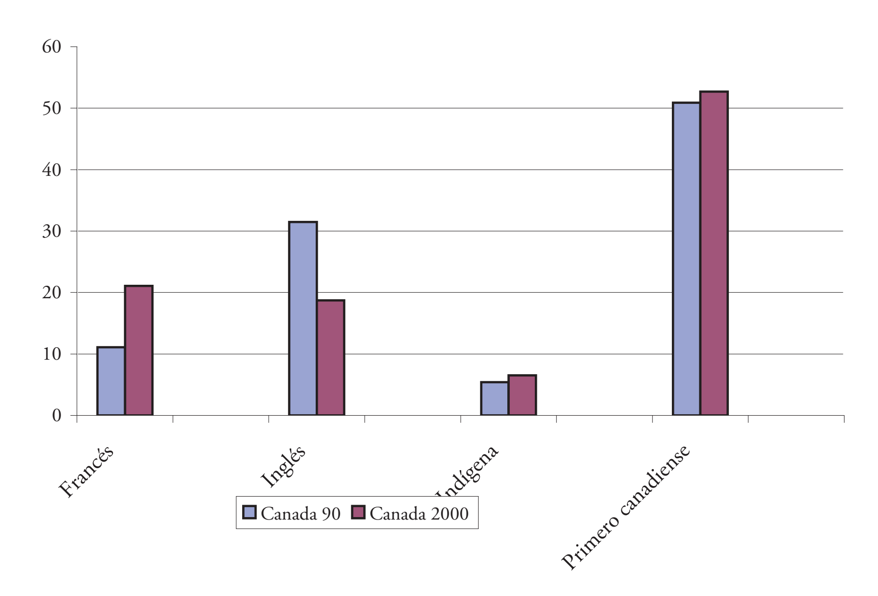
Otro dato interesante de este cuadro consiste en el grupo de personas que se autoadscriben con una minoría cultural. Para México los indígenas, para Estados Unidos los asiáticos y los hispanos, y para Canadá los franceses y los indígenas. Mientras en México este componente llega a 10%, en Estados Unidos y Canadá la suma de las minorías alcanza 20%.

Pero hay que advertir, especialmente, que la creciente diversidad en Estados Unidos, que en sí misma supone un problema muy interesante, o que la creciente respuesta de población que en México o Canadá corresponde a la pertenencia a grupos no mayoritarios, no necesariamente se contradice con el sentimiento de pertenencia al Estado-nación como un ámbito territorial de identidad ni tampoco inhibe el orgullo nacional.

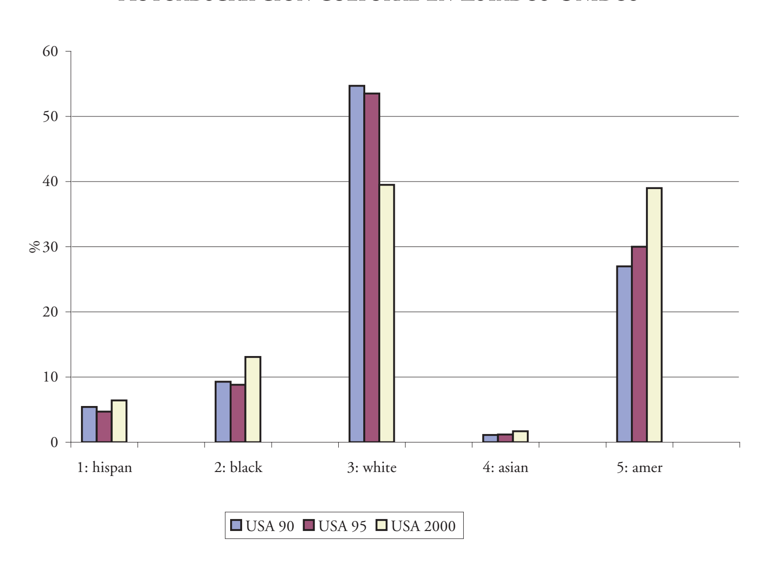
GRÁFICA 4
AUTOADSCRIPCIÓN CULTURAL EN MÉXICO



GRÁFICA 5
AUTOADSCRIPCIÓN CULTURAL EN CANADÁ



GRÁFICA 6
AUTOADSCRIPCIÓN CULTURAL EN ESTADOS UNIDOS



CONCLUSIONES

México aparece como un país más homogéneo, es decir, desde la óptica de los intereses del Estado y de las elites políticas, posee un grado de identidad nacional más alto que el de los Estados Unidos y el Canadá. Esto se muestra en los indicadores de autoadscripción cultural, tanto por lo que se refiere a la pertenencia al grupo que mejor define la identidad de la nación-Estado como por la mayor homogeneidad, aunque es cierto que los otros dos indicadores que aquí hemos seguido: orgullo nacional y autoadscripción geográfica son muy semejantes en los tres casos.

La segunda conclusión radica en el hecho de que en los tres casos hay una alta identidad según los indicadores de orgullo de pertenencia. Es cierto que el indicador de autoadscripción geográfica no es tan evidente, en tanto que la autoadscripción local y regional siguen siendo muy importantes; sin embargo, la au-

toadscripción a la nación-Estado alcanza poco más de la tercera parte de las respuestas en un proceso ascendente.

En cuanto a la discusión con los argumentos asumidos, hay que decir:

1. A diferencia de la hipótesis que sostiene el crecimiento de las identidades locales, existe una tendencia al decrecimiento de éstas.
2. También a diferencia de lo esperado, podemos advertir un crecimiento de la autoadscripción a la nación.
3. En cambio, la autoadscripción al mundo como un todo parece que sigue en ascenso, al menos hasta el año 2000.
4. Finalmente, creo que podemos asumir el debilitamiento del Estado, empero los elementos de identidad no parecen decrecer de acuerdo a los indicadores de orgullo de pertenencia a la nación y de pertenencia al grupo que define la identidad del Estado- Nación.

OBRAS CONSULTADAS

Anderson, Benedict (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, Fondo de Cultura Económica.

Arizpe, Lourdes (2005). "Razones del regreso del Estado". Conferencia dictada en el Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, febrero de 2005.

Beck, Ulrich (2002). "The Terrorist Threat: World Risk Society Revisited". *Theory Culture and Society*, vol. 19, núm. 4. pp.39-55.

Brown, David (1973). "Why is Nation-State so Vulnerable to Ethnic Nationalism?". *Nations and Nationalism*, vol. 4, núm. 7. pp.1- 15.

Canovan, Margaret (2000). "Patriotism Is Not Enough". *British Journal of Political Science*, vol. 30, núm. 3. pp.413-423.

Dittgen, Herbert (1999). "World without Borders? Reflections on the Future of the Nation-State", *Government and Opposition*, vol. 34, núm. 2. pp.161-

Gagnon, Alain y Tully, James, ed. (2001). *Multinational Democracies*. Reino Unido, Cambridge University Press.

Guibernau, Montserrat (1999). *Nations without States*. Cambridge, Reino Unido.

Hobsbawn, E. (1991). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona, Editorial Crítica. Edición revisada y ampliada.

Inglehart, Ronald, Miguel Basañez y Jaime Díez (2004). *Human Beliefs and Values. A Cross-Cultural Source Book Based on the 1999-2002 Values Survey*. México, Siglo XXI.

Inglehart, R. y Klingemann, H. (2000). *Genes, Culture and Happiness*. MIT Press.

Inglehart, Ronald (1997). *Modernization and Postmodernization*. Estados Unidos de America, Princeton.

Índice de Desarrollo Humano de las Naciones Unidas (2004). En: www.hdr.undp.org/hd/. Consultado: 10 de febrero 2005.

Nagel, Klaus-Jürgen (2001). "The 'Europe of the Regions' and the Identity Politics of Nations without States", *Scottish Affairs*, vol. 36, núm. 48.

Nielsen, Kai (1999). "Cosmopolitan Nationalism". *Monist*, vol. 82, núm. 3. pp.446-469.

Nielsen, Kai (2003). "Toward a Liberal Socialist Cosmopolitan Nationalism". *International Journal of Philosophical Studies*, vol. 11, núm. 4. pp.437-463.

Ommen, T.K. (1997). *Citizenship, Nationality and Ethnicity*. Cambridge, Reino Unido, Polity Press.

Seton, Kathy (1999). *Fourth World Nations in the Era of Globalization. An Introduction to Contemporary Theorizing Posed by Indigenous Nations*. www.cwis.org/fwj/41/fworld.html.

Smith, Anthony (2000). *The Nation in History. Historiographical Debates about Ethnicity and Nationalism*. Hanover, University Press of New England.

Source OCDE. http://www.sourceoecd.com/content/html/

Stahn, Carsten (2001). "Constitution Without a State? Kosovo Under the United Nations Constitutional Framework for Self-Government". *Leiden Journal of International Law*, vol.14, núm. 3.

Valaskakis, Kimon (2001). "Westfalia II: por un nuevo orden mundial". *Este País*, núm. 126, septiembre. pp.2-13.

World Values Surveys 1981-1990-1995. En: www.worldvaluessurvey.org/services/index.html. Consultado 3de febrero, 2005.